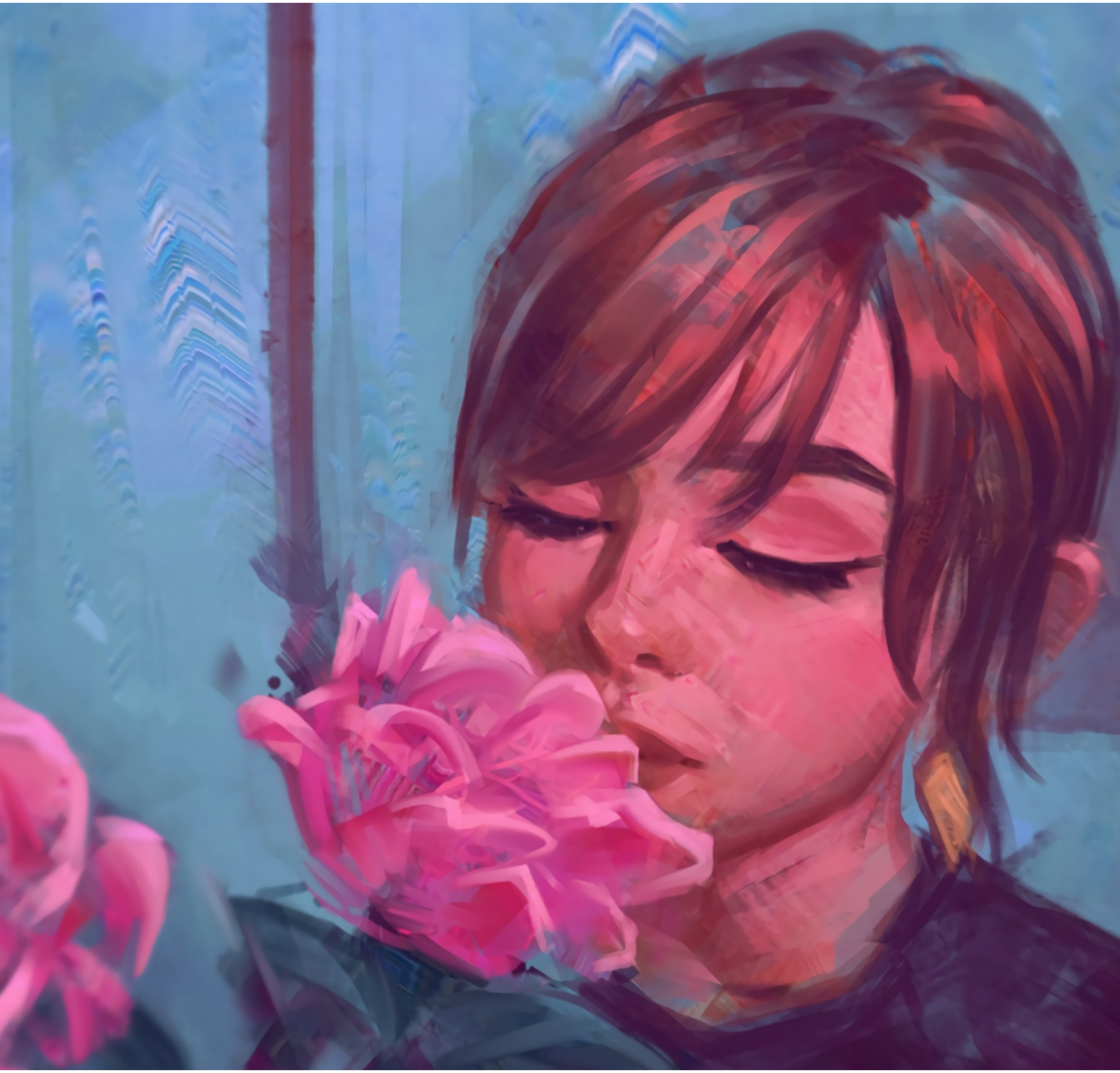
Mediterráneo

Manu Hernández



Capítulo 1

_ Siempre vamos a estar juntos, tonto - solías decirme cuando ibamos a la playa de Santa giulia en la mañanas de otoño.

En estos días, ana, he ído reconstruyendo los pequeños recuerdos de la última vez que estuvimos juntos, el día de la despedida en la estación de trenes.

Recuerdo con claridad la caminata que hicimos desde el chalet de tu padre en las villas moriscas, ocultas entre los árboles tupidos de pino hasta el viejo faro donde se entraba al pueblo.

Había además, un extraño atardecer rojizo, casi rosa, de nubes como manchas violetas que le daban a la bahía un aspecto carmesí, como de nostalgia.

Y el viento, ana, ese viento era tímido y se recostaba sobre las olas oscuras apenas visibles en el claroscuro del tarde y hacía ese sonido sordo atrayendo las gaviotas desde lo más lejano, hacia la orilla de arena blanca donde estaban atrancados los barcos.

Ingenuamente pensé en ese viento mientras subíamos las escalinatas hacia el faro tomados de la mano;

_Si fuera yo como ese viento del norte -me dije en voz baja.

_Estarías conmigo yendo sobre las olas y nos perderíamos en el mar más profundo.

Y mientras pensaba todo aquello, ana, te veía ya con cierta nostalgia, como echándote de menos.

De vez en cuando cruzaba a nuestro paso un cuervo solitario graznándole a las aves entre los árboles. Por allá un poco más adelante estabas tú diciendo no se que cosas a las ilusiones y yo detrás de tí en la transición de la noche me parecía como si todo fuera un sueño.

A esas alturas del camino empecé a sentir como si el pecho se me hundiera, ya sabes, ana, esa opresión de vacío que nos invade cuando la soledad llega de golpe, sin más y escarba quien sabe que cosas en las vísceras de uno y si se te ocurre como una mala decisión deshacerte de ella, se exacerba.

La soledad, ana es parecida a la locura, es una niebla en la

cabeza, expándiendose y no se puede razonar con ella.

__ Volverás porque me lo has prometido, volverás porque los recuerdos te traerán de vuelta - me dije, sacudiéndome los malos pensamientos, mientras seguíamos el camino recto de las vías del tren hasta donde llegaba la tarde.

Para cuando llegamos a la estación caía la noche, había una luna naciente iluminando los andénes frenéticos y de pronto estábamos ahí los dos, mirándonos en el silencio incómodo, con la incertidumbre de lo que diría el otro.

Hubo no se cuantas miradas efímeras. Unos cuantos abrazos en el lugar abierto hacia la agridulce soledad y despues ya sin fuerzas para resistirse, quedaba solo el oscuro vacío expándiendose, como una noche de malos augurios.

Respiré hondo y te tomé de la mano por última vez y aún sin decirnos nada se oyó el silbido agudo de la última llamada para abordar el vagón.

_Nos vemos pronto -dijiste, con voz apresurada, pero con la mirada en otro mundo, queriendo alejar tu mano de la mía.

_No te vayas, quedate.

La emoción no durará - te respondí como invocando tontamente a las promesas.

Apretaste fuertemente mi mano y mirándome fijamente con esos ojos de avellana, sonreíste con una desbordada ternura.

Te acercaste entorno a mi oído y con tono pausado susurraste;

_ No seas tonto, no tengas miedo, te quiero.

Y lo entendí todo como si hubiera sido una revelación, supe por el tono de tu voz que algo se había perdido en lo más profundo.

Solté tu mano precipitadamente y con tus mejillas al roce de las mías te dí un beso de despedida cerca de los labios.

_He visto el futuro -pensé, mientras te alejabas con tu maleta dándome la espalda.

_Te escribiré pronto - alcanzaste a decir mientras subías al tren en marcha y te perdías poco a poco entre el mar de gente.

Quien sabe porque razón pense en voz alta;

_ Los trenes son tan cursis - y me dí la media vuelta hundiéndome en las manos del bolsillo del pantalón.

_Quizás te vuelva a ver algun día- me dije resignado.

Quizás si algún día vuelves y tocas mi puerta, diciendome;

_Vamos a la playa de Santa Giulia en bicicleta como cuando eramos niños.

Te lo perdonaría todo sin pensarlo, sin dudarlo un instante.

Pero no lo sé, ana. Nadie lo sabe.